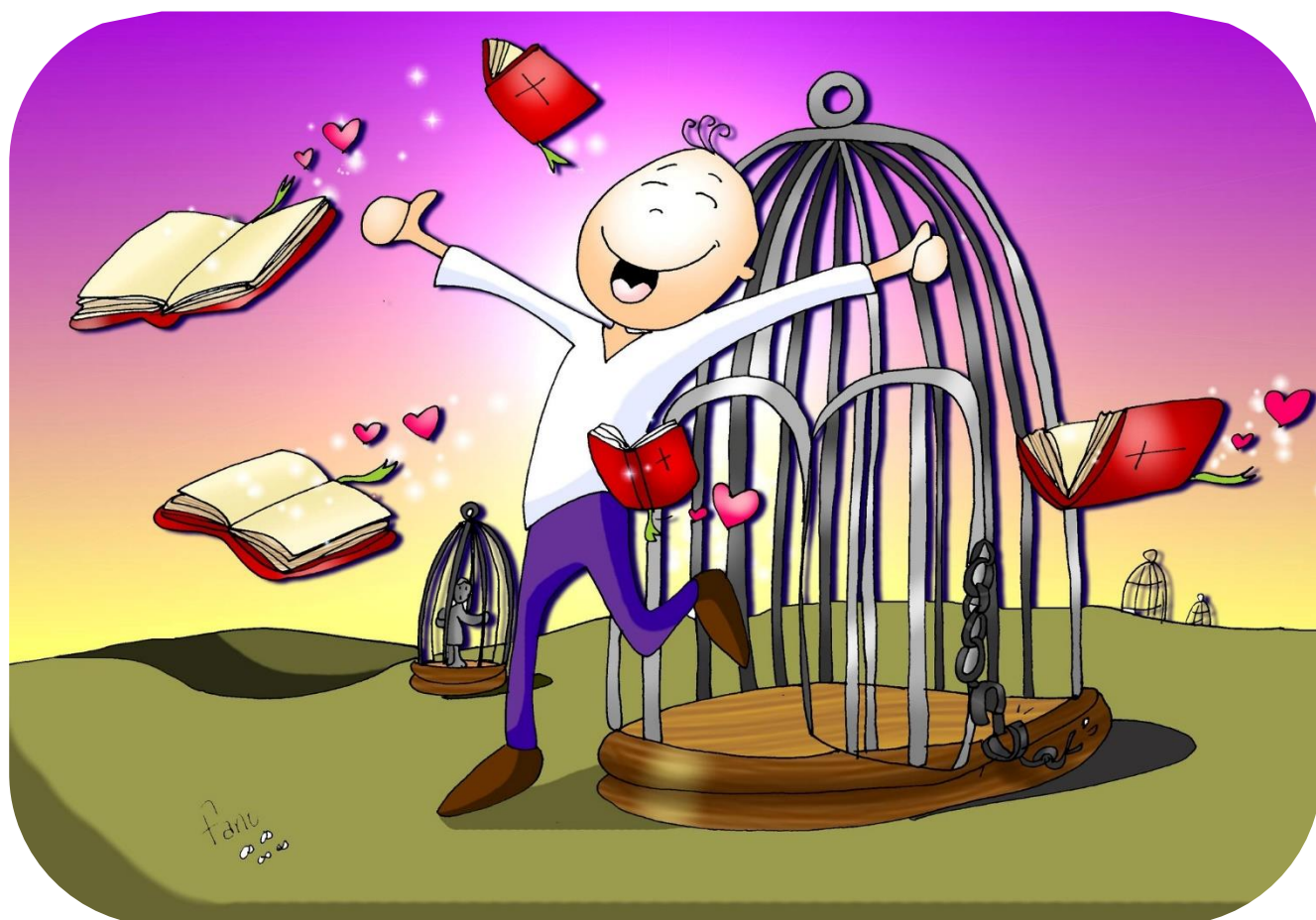




LECTIO DIVINA

IV semana del tiempo ordinario
Del 28 de enero al 03 de febrero de 2024



Tu Palabra nos libera

Oración introductoria

Señor, Tú conoces mi corazón; te pido que me ayudes a poner todo mi esfuerzo en amarte. Te pido la gracia de conocerte más para poder ayudarte en tu misión.

Petición

Jesús, aumenta mi fe, cura mi debilidad.

Deuteronomio (Dt. 18, 15 20)

Moisés habló al pueblo, diciendo: «El Señor, tu Dios, te suscitará de entre los tuyos, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharéis. Es lo que pediste al Señor, tu Dios, en el Horeb el día de la asamblea: “No quiero volver a escuchar la voz del Señor mi Dios, ni quiero ver más ese gran fuego, para no morir”. El Señor me respondió: “Está bien lo que han dicho. Suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca, y les dirá todo lo que yo le mande. Yo mismo pediré cuentas a quien no escuche las palabras que pronuncie en mi nombre. Y el profeta que tenga la arrogancia de decir en mi nombre lo que yo no le haya mandado, o hable en nombre de dioses extranjeros, ese profeta morirá”».

Salmo (Sal 94, 1-2. 6-7c. 7d-9)

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. R.

Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. R.

Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 7, 32-35)

Hermanos: Quiero que os ahorréis preocupaciones: el no casado se preocupa de los asuntos del Señor, buscando contentar al Señor; en cambio, el casado se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su mujer, y anda dividido. También la mujer sin marido y la soltera se preocupan de los asuntos del Señor, de ser ellos en cuerpo y alma; en cambio, la casada se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su marido. Os digo todo esto para vuestro bien, no para poner os una trampa, sino para inducir os a una cosa noble y al trato con el Señor sin preocupaciones.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 1, 21b-28)

En la ciudad de Cafarnaún, y el sábado entró Jesús en la sinagoga a enseñar; estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Había precisamente en su sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios». Jesús

lo increpó: «¡Cállate y sal de él!» El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos se preguntaron estupefactos: «¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen». Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

Releemos el evangelio

San Jerónimo (347-420)

sacerdote, traductor de la Biblia, doctor de la Iglesia

Comentario al evangelio de Marcos, 2; PL 2, 125s

“¿Has venido a acabar con nosotros?”

“Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo”. Este espíritu no podía soportar la presencia del Señor; se trataba de ese espíritu impuro que había llevado a todos los hombres a la idolatría (...) “¿Qué acuerdo había entre Cristo y Satán?” (2C 6,15); Cristo y Satán no podían estar de acuerdo el uno con el otro. “Se puso a gritar: ¿Qué quieres de nosotros?” El que así se exclama es un individuo que habla en nombre de muchas personas; eso da a entender que tiene conciencia de ser vencido él y los suyos.

“Se puso a gritar: ‘¿Qué quieres de nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios’”. Atormentado y a pesar de la intensidad de los sufrimientos que le hacen gritar, no ha abandonado su hipocresía. Esconde el decir la verdad, el sufrimiento le aprieta, pero la malicia le impide decir toda la verdad: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús de Nazaret?” ¿Por qué no reconoces al Hijo de Dios? ¿Es este hijo de Nazaret el que te tortura, y no el Hijo de Dios? (...)

¿Acaso Moisés no era Santo de Dios? E Isaías y Jeremías, ¿no eran Santos de Dios? (...) ¿Por qué no les has dicho: “Sé quién eres, santo de Dios”? (...) No digas “Santo de Dios” sino “Dios Santo”. Te imaginas que sabes, y no sabes nada; o bien si lo sabes, te callas por esa misma doblez. Porque no es solamente el Santo de Dios, sino Dios Santo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El pueblo de Dios distingue bien entre la autoridad de una persona y la gracia de la unción. “¿Pero tú vas a confesarte con aquél, que es esto, y esto y esto?” - “Para mí ese es Dios. Punto. Ese es Jesús”. Y esta es la sabiduría de nuestro pueblo que tolera tantas veces, tantos pastores incoherentes, pastores como escribas, y hasta cristianos - que van a misa todos los domingos y luego viven como paganos. Y la gente dice: “Esto es un escándalo, una incoherencia”. ¡Qué mal hacen los cristianos incoherentes que no dan testimonio y los pastores incoherentes, esquizofrénicos que no dan testimonio! La ocasión que ofrece esta reflexión es elevar una oración al Señor para que todos los bautizados tengan “autoridad”, “que no consiste en mandar y hacerse oír, sino en ser coherente, en ser testigo y, por ello, ser compañeros de camino del Señor.» *(Homilía de S.S. Francisco, 14 de enero de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Otro pasaje del Evangelio nos dice cómo Cristo iba a las sinagogas y predicaba según los rollos de la Escritura que se le daban. Su predicación era especial porque conocía el corazón del hombre de su tiempo. Después de la motivación que les daba Cristo, se tomaban las más grandes decisiones para no ser solamente buenos sino santos, esforzarse por amar a todos, especialmente a los enemigos.

Otra fuente de su autoridad de Jesús era su conocimiento del Padre, que le daba el poder para comunicar el amor de Dios. Expulsar a los demonios, también era parte de su ministerio.

La gente puede estar agobiada por muchas cosas y la peor de estas es la presencia del demonio en su vida. Alguna vez pensé que los exorcismos contados en el Evangelio eran solo alegorías de la confesión, porque Jesús nos ayuda a purificar nuestra alma cuando estamos en pecado. Ahora sé que el demonio es real y puede hacer mucho daño a las personas, más del que nos podemos imaginar. En una posesión demoníaca el diablo se apodera de la persona y no puede librarse solo, necesita de la intervención de Dios, que tiene en sus manos el poder de hacerlo.

Cristo conocía a Dios Padre profundamente y por eso podía comunicar su amor a los hombres. Ante el ejemplo de vida de Jesús todos se asombran, hasta el más alejado, porque la vida de Jesús llama la atención y tiene un aspecto especial que transforma la vida de las personas.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

Oración introductoria

Señor, con tu ejemplo, ayúdame a salir al encuentro de los demás para hacer que tu misericordia llegue a cuantos la necesitan.

Petición

Señor, que no pase este día como si Tú no tuvieras nada que ver en mis decisiones, quiero responder a tu amor.

Lectura del segundo libro de Samuel **(2 Sam. 15, 13-14. 30; 16, 5-13ª)**

En aquellos días, alguien llegó a David con esta información: «El corazón de la gente de Israel sigue a Absalón». Entonces David dijo a los servidores que estaban con él en Jerusalén: «Levantaos y huyamos, pues no tendremos escapatoria ante Absalón. Vámonos rápidamente no sea que se apresure, nos alcance, precipite sobre nosotros la ruina sobre nosotros y pase la ciudad a filo de espada». David subía la cuesta de los Olivos llorando con la cabeza cubierta y descalzo. Los que le acompañaban llevaban cubierta la cabeza y subían llorando. Al llegar el rey David a Bajurín, salió de allí uno de la familia de Saúl, llamado Semeí, hijo de Guerá. Iba caminando y lanzando maldiciones. Y arrojaba piedras contra David y todos sus servidores. El pueblo y los soldados protegían a David a derecha e izquierda. Semeí decía al maldecirlo: «Fuera, fuera, hombre sanguinario, hombre desalmado. El Señor ha hecho recaer sobre ti la sangre de la casa de Saúl, cuyo reino has usurpado. Y el Señor ha puesto el reino en manos de tu hijo Absalón. Has sido atrapado por tu maldad, pues eres un hombre sanguinario». Abisay, hijo de Seruyá, dijo al rey: «¿Por qué

maldice este perro muerto al rey, mi señor? Deja que vaya y le corte la cabeza». El rey contesto: «¿Qué hay entre vosotros y yo, hijo de Seruyá? Si maldice y si el Señor le ha ordenado maldecir a David, ¿quién le va a preguntar: “Por qué actúas así?”. Luego David se dirigió a Abisay y a todos sus servidores: «Un hijo mío, salido de mis entrañas, busca mi vida. Cuánto más este benjaminita. Dejadle que me maldiga, si se lo ha ordenado el Señor. Quizá el Señor vea mi humillación y me pague con bendiciones la maldición de este día». David y sus hombres subían por el camino.

Salmo (Sal 3, 2-3. 4-5. 6 -7)

Levántate, Señor, sálvame.

Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí; cuántos dicen de mí: «Ya no lo protege Dios». R.

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria, tú mantienes alta mi cabeza. Si grito, invocando al Señor, él me escucha desde su monte santo. R.

Puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor me sostiene. No temeré al pueblo innumerable que acampa a mi alrededor. Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 5, 1-20)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos. Apenas desembarcó, le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre poseído de espíritu inmundo. Y es que vivía entre los sepulcros; ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo; muchas veces lo habían sujetado con cepos y cadenas, pero él rompía las cadenas y destruía los cepos, y nadie tenía fuerza para dominarlo. Se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Viendo de lejos a Jesús,

echó a correr, se postró ante él y gritó con voz potente: «¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Por Dios te lo pido, no me atormentes». Porque Jesús le estaba diciendo: «Espíritu inmundo, sal de este hombre». Y le preguntó: «¿Cómo te llamas?». El respondió: «Me llamo Legión, porque somos muchos». Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca. Había cerca una gran piara de cerdos paciando en la falda del monte. Los espíritus le rogaron: «Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos». Él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó acantilado abajo al mar y se ahogó en el mar. Los porquerizos huyeron y dieron la noticia en la ciudad y en los campos. Y la gente fue a ver qué había pasado. Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio. Y se asustaron. Los que lo habían visto les contaron lo que había pasado al endemoniado y a los cerdos. Ellos le rogaban que se marchase de su comarca. Mientras se embarcaba, el que había estado poseído por el demonio le pidió que le permitiese estar con él. Pero no se lo permitió, sino que le dijo: «Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti». El hombre se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; todos se admiraban.

Releemos el evangelio

San Carlos de Foucauld (1858-1916)

ermitaño y misionero en el Sahara

Meditación sobre los evangelios, n°194

«Cuando Jesús subió a la barca, el poseído le suplicó poder seguirle,
pero no lo consintió»

La verdadera, la única perfección, no es llevar tal o tal género de vida, es hacer la voluntad de Dios; es llevar el género de vida que

Dios quiere, donde quiere, y de llevarlo como él mismo lo habría llevado.

Cuando nos deja la elección a nosotros mismos, entonces sí, procuremos seguirlo paso a paso, lo más exactamente posible, compartir su vida tal como fue, como lo hicieron sus apóstoles durante su vida y después de su muerte: el amor nos empuja a esta imitación. Si Dios nos deja esta elección, esta libertad, precisamente es porque quiere que despleguemos nuestras velas al viento del amor puro y que, empujados por él, " corramos tras el olor de sus perfumes" (Ct 1,4 LXX) en un exacto seguimiento, como san Pedro y san Pablo...

Y si un día Dios quiere apartarnos, por un tiempo o para siempre, de este camino, por muy bello y muy perfecto que sea, no nos turbemos ni nos asombremos. Sus intenciones son impenetrables: él puede hacer por nosotros, en medio o al fin de la carrera, lo que hizo por el Geraseno al principio. Obedezcamos, hagamos su voluntad..., vayamos donde quiera, llevemos el género de vida que su voluntad nos designe. Acerquémonos siempre a él con todas nuestras fuerzas y estemos en todos los estados, en todas las condiciones, como él mismo habría estado allí, como él se habría comportado allí, si la voluntad de su Padre le hubiera puesto allí, como nos pone allí.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Buena gente que quiere escuchar la palabra de Jesús, y escuchar cómo esa palabra llega al corazón, pero también empujada por el interés. La suya es por tanto una fe que combina las dos cosas: una fe, unas ganas de amar a Jesús, pero un poco interesada. Aquellos no son los únicos en el Evangelio que tienen tal actitud, por ejemplo, el episodio del endemoniado de Gerasa en el cual los porqueros, cuando vieron que por ese milagro habían perdido los puercos, hicieron el cálculo y dijeron: “sí, sí: este hace milagros, pero a nosotros no nos

conviene; perdemos dinero con esto”, y le dijeron cortésmente: “Vete a tu casa”.» *(Homilía de S.S. Francisco, 16 de abril de 2018, en santa Marta).*

Meditación

En este Evangelio contemplamos cómo Cristo sana al endemoniado. Este hombre era alguien de quien todos querían huir, pero Cristo no se olvida de llegar a él. Jesús nos recuerda con esta actitud que el cristiano va a donde pocos se atreven a llegar; el cristiano no distingue entre dignos o imperfectos, simplemente trata de hacer llegar a todos la gran dicha de ser hijo de Dios.

Ser hijo de Dios restaura la dignidad, como le pasó al endemoniado de Gerasa. Cuando él fue acogido por Cristo, todo cambió. De tener los sepulcros como hogar, ahora tiene como su hogar el mundo al que desea anunciar que alguien lo ha aceptado como es, que ha sanado su enfermedad y que ha sacado lo mejor de él. Todo por el mayor don de la acogida.

Oración final

¡Qué grande es tu bondad, Yahvé!
La reserva para tus adeptos,
se la das a los que a ti se acogen
a la vista de todos los hombres. (Sal 31,20)

Oración introductoria

Jesús, Tú que eres hombre como yo, mírame y hazme sentir que me quieres de verdad, haga lo que haga, así como soy. Sólo Tú puedes hacer que yo sienta a Dios como mi Padre.

En Ti puedo sentir la mano de Dios que me quiere tocar y sanarme. Haz que hoy me deje tocar y sanar un poco más por mi Papá Dios. María, ven, hazme compañía; sin ti no sería lo mismo.

Petición

Dios y Padre mío, aumenta mi fe para dejarme transformar cada vez más por tu bondad y por tu infinita misericordia.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam. 18, 9 -10. 14b. 24-25a. 31 - 19, 3)

En aquellos días, Absalón se encontró frente a los hombres de David. Montaba un mulo y, al pasar el mulo bajo el ramaje de una gran encina, la cabeza se le enganchó en la encina y quedó colgando entre el cielo y la tierra, mientras el mulo que montaba siguió adelante. Alguien lo vio y avisó a Joab: «He visto a Absalón colgado de una encina». Cogiendo Joab tres venablos en la mano y los clavó en el corazón a Absalón. David estaba sentado entre las dos puertas. El vigía subió a la terraza del portón, sobre la muralla. Alzó los ojos y vio que un hombre venía corriendo en solitario. El vigía gritó para anunciárselo al rey. El rey dijo: «Si es uno solo, trae buenas noticias en su boca». Cuando llegó el cusita, dijo: «Reciba una buena noticia el

rey, mi señor: El Señor te ha hecho justicia hoy, librándote de la mano de todos los que se levantaron contra ti». El rey preguntó: «¿Se encuentra bien el muchacho Absalón?». El cusita respondió: «Que a los enemigos de mi señor, y a todos los que se han levantado contra ti para hacerte mal les ocurra como al muchacho» Entonces el rey se estremeció. Subió a la habitación superior del portón y se puso a llorar. Decía al subir: «¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar !¡Absalón, hijo mío, hijo mío!». Avisaron a Joab: «El rey llora y hace duelo por Absalón». Así, la victoria de aquel día se convirtió en duelo para todo el pueblo, al decir que el rey estaba apenado por su hijo.

Salmo (Sal 85, 1-2. 3-4. 5-6)

Inclina tu oído, Señor, escúchame.

Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado; protege mi vida, que soy un fiel tuyo; salva, Dios mío, a tu siervo, que confía en ti. R.

Piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día; alegra el alma de tu siervo, pues levanto mi alma hacia ti, Señor. R.

Porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 5, 21-43)

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al mar. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, se echó a sus pies, rogándole con insistencia: «Mi niña está en las últimas; ven,

impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». Se fue con él, y lo seguía mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando: «Con sólo tocarle el vestido curaré». Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente y preguntaba: «¿Quién me ha tocado el manto?». Los discípulos le contestaban: «Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”». Él seguía mirando alrededor, para ver quién había hecho esto. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad». Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: «Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?». Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; basta que tengas fe». No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a casa del jefe de la sinagoga y en contra el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos y después de entrar les dijo: «¿Qué estrépito y qué llores son éstos? La niña no está muerta, está dormida». Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: «Talitha qumi» (que significa: «Contigo hablo, niña, levántate»). La niña se levantó inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y quedaron fuera de sí llenos de estupor. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilías sobre san Mateo, nº 31, 1-3

«¿Qué llores son éstos?... está dormida»

«Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo: - ¿Qué estrépito y qué llores son éstos? La niña no está muerta, está dormida. Se reían de él». Con ello Jesús nos enseña a no temer a la muerte porque la muerta ya no es muerte: desde ahora no es más que un sueño. Y puesto que él mismo tenía que morir, resucitando a otros prepara a sus discípulos, invitándoles así a tener confianza en él y a no alarmarse de su muerte. Porque después que vino Cristo la muerte ya no es más que un sueño.

Y, sin embargo, se reían de él; pero no se indignó por el rechazo de este milagro que iba a obrar; no censuró sus sonrisas a fin de que las mismas sonrisas, junto con las flautas y demás preparativos, dieran por cierta la muerte de la niña. Dándose cuenta de la presencia de los músicos y de la muchedumbre, Jesús les hace salir a todos; obra el milagro en presencia sólo de los padres... como si la despertara de un sueño...

Es evidente que ahora la muerte no es más que un sueño; hoy es una verdad más esplendorosa que el sol. – Pero tú dices, ¡Cristo no ha resucitado a mi hijo! -. Sí, pero lo resucitará, y con mucha más gloria. Porque esta hija a la que devolvió la vida murió de nuevo, mientras que tu hijo, cuando resucitará, será inmortal para siempre. ¡Qué nadie llore ya, que nadie gima, que nadie critique la obra de Cristo, porque él ha vencido a la muerte! ¿Por qué derramas lágrimas inútiles? La muerte ha llegado a ser un sueño: ¿para qué gemir y llorar?

Palabras del Santo Padre Francisco

«En esta página del Evangelio se entrelazan los temas de la fe y de la vida nueva que Jesús ha venido a ofrecer a todos. Entrando en la casa donde la muchacha yace muerta, Él echa a aquellos que se agitan y se lamentan y dice: “La niña no ha muerto; está dormida”. Jesús es el Señor y delante de Él la muerte física es como un sueño: no hay motivo para desesperarse. Otra es la muerte de la que tener miedo: la del corazón endurecido por el mal. ¡De esa sí que tenemos que tener miedo! Cuando sentimos que tenemos el corazón endurecido, el corazón que se endurece y, me permito la palabra, el corazón momificado, tenemos que sentir miedo de esto. Esta es la muerte del corazón. Pero incluso el pecado, incluso el corazón momificado, para Jesús nunca es la última palabra, porque Él nos ha traído la infinita misericordia del Padre. E incluso si hemos caído, su voz tierna y fuerte nos alcanza: “Yo te digo: ¡Levántate!”. Es hermoso sentir aquella palabra de Jesús dirigida a cada uno de nosotros: “yo te digo: Levántate. Ve. ¡Levántate, valor, levántate!”. Y Jesús vuelve a dar la vida a la muchacha y vuelve a dar la vida a la mujer sanada: vida y fe a las dos.» *(Ángelus de S.S. Francisco, 1 de julio de 2018).*

Meditación

Papá Dios te quiere decir algo hoy. Tal vez puedes entrar en el pasaje del Evangelio y descubrir qué es lo que te quiere decir. Lee e imagina que estás ahí, como uno de los personajes. Puedes revivir este pasaje como Pedro o un discípulo de los que están junto a Jesús, y ver cómo reacciona cuando llega Jairo a pedir ayuda; cómo se va con él a sanar a su hija.

Puedes vivirlo como Jairo, y rogarle a Jesús por alguien que amas y que está sufriendo. Puedes vivirlo como la mujer que padecía flujo

de sangre, que tiene algo que le pesa sobre los hombros y quiere que Jesús la cure, pero le da miedo decírselo.

O como alguien de la multitud, que va siguiendo a Jesús y observa lo que Él hace. Entres como entres al pasaje, deja que te hable. Si el ver o escuchar algo o alguien te despierta un sentimiento, habla con Jesús sobre ello. Si quieres irte y ya no saber nada de Jesús, díselo. Y si quieres, deja que Él se te acerque y te toque con su mano sanadora...

Oración final

Tú inspiras mi alabanza en plena asamblea,
cumpliré mis votos ante sus fieles.
Los pobres comerán, hartos quedarán,
los que buscan a Yahvé lo alabarán:
«¡Viva por siempre vuestro corazón!». (Sal 22,26-27)

MIÉRCOLES, 31 DE ENERO DE 2024
SAN JUAN BOSCO, PRESBITERO (MO)

Señor, que tu milagro en mi vida,
sea la conversión de mi corazón.

Oración introductoria

Señor Jesús, en este momento me pongo ante tu presencia y te ruego que por favor mandes tu Santo Espíritu. Manda al santificador para que aumente en mí las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.

Fe, para poder creer más ardientemente en Ti; esperanza, para poder esperar y confiar en Ti; y caridad, para poderte amar a Ti directamente y a través del prójimo.

Te ruego que, en esta meditación, me ayudes a dejar transformar mi corazón por Ti para que de esta manera yo pueda vivir por Ti, en Ti y para Ti. Amén.

Petición

Jesús, aumenta en mí el deseo de ser verdaderamente santo.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam. 24, 2.9-17)

En aquellos días, el rey David mandó a Joab, jefe del ejército, que estaba a su lado: «Recorre todas las tribus de Israel, desde Dan a Berseba, y haz el censo del pueblo para que sepa su número» Joab entregó al rey el número de censo del pueblo: Israel contaba con ochocientos mil guerreros, que podían empuñar la espada y Judá con quinientos mil hombres. Pero, después David sintió remordimiento por haber hecho el censo del pueblo. Y dijo al Señor: «He pecado gravemente por lo que he hecho. Ahora, Señor, perdona la falta de tu siervo que ha obrado tan neciamente». Al levantarse David por la mañana, el profeta Gad, vidente de David, recibió esta palabra del Señor: «Ve y di a David: así dice el Señor: “Tres cosas te propongo. Elige una de ellas y la realizaré”» Gad fue a ver a David y le notificó: «¿Prefieres que vengan siete años de hambre en tu país, o que tengas que huir durante tres meses ante tus enemigos, los cuales te perseguirán, o que haya tres días de peste en tu país? Ahora, reflexiona y decide qué he de responder al que me ha enviado». David respondió a Gad: «¡Estoy en un gran apuro! Pero pongámonos en manos del Señor, cuya misericordia es enorme, y no en manos de los hombres». Y David escogió la peste. Eran los días de la recolección del trigo. El

Señor mandó la peste a Israel desde la mañana hasta el plazo fijado. Murieron setenta y siete mil hombres del pueblo desde Dan hasta Berseba. El ángel del Señor extendió su mano contra Jerusalén para asolarla. Pero el Señor se arrepintió del castigo y ordenó al ángel que asolaba al pueblo: «¡Basta! Retira ya tu mano». El ángel del Señor se encontraba junto a la era de Arauná, el jebuseo. Al ver al ángel golpeando al pueblo, David suplicó al Señor: «Soy yo el que ha pecado y el que ha obrado mal. Pero ellos, las ovejas ¿qué han hecho? Por favor, carga tu mano contra mí y contra la casa de mi padre».

Salmo (Sal 31,1b-2.5.6.7)

Perdona, Señor, mi culpa y mi pecado.

Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño R.

Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; propuse: «Confesaré al Señor mi culpa», y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. R.

Por eso, que todo fiel te suplique en el momento de la desgracia: la crecida de las aguas caudalosas no lo alcanzará. R.

Tú eres mi refugio, me libras del peligro, me rodeas de cantos de liberación. R.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc 6, 1-6)

En aquel tiempo, Jesús se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué

sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?» Y se escandalizaban a cuenta de él. Les decía: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa» No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Carta encíclica “Laborem exercens”, § 26

«¿No es éste el carpintero?»

La verdad de que el hombre con su trabajo participa en la obra de Dios, su Creador, ha sido particularmente puesta en relieve por Jesucristo, de quien muchos de sus primeros oyentes de Nazaret «se preguntaban asombrados: ¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ... ¿No es éste el carpintero?»

En efecto, Jesús proclamaba y, sobre todo, ponía por obra el evangelio que le había sido confiado, las palabras de la eterna Sabiduría. Por esta razón, se trataba verdaderamente del «evangelio del trabajo», porque el mismo que lo proclamaba era un trabajador, un artesano como José de Nazaret. Aunque no encontremos en las palabras de Cristo el mandato particular de trabajar – sino más bien, una vez, la prohibición de preocuparse de manera excesiva del trabajo y de los medios de subsistencia (Mt 6, 25-34)- su vida es, a este respecto, suficientemente elocuente: él pertenece al mundo del trabajo, aprecia y respeta el trabajo del hombre. Incluso se puede decir más: mira con amor el trabajo y sus diversas expresiones, viendo en cada una manera

particular de manifestar la semejanza del hombre con Dios Creador y Padre.

¿Acaso no es él mismo quien ha dicho: «Mi Padre es el viñador» (Jn 15,1)?... En las parábolas sobre el Reino de Dios, Jesucristo se refiere constantemente al trabajo: al del pastor, del agricultor, del médico, del sembrador, del amo de la casa, del servidor, del intendente, del pescador, del mercader, del obrero. Habla también de los diversos trabajos de las mujeres. Presenta al apostolado semejante al trabajo manual de los segadores o de los pescadores... [He aquí] el grande, aunque discreto, evangelio del trabajo que encontramos en la vida de Cristo y en sus parábolas, en lo que Jesús «ha hecho y enseñado» (Hech 1,1).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hay una actitud que atrae la atención, una actitud humana, pero no de buen espíritu: la indignación. Esta gente de Nazaret comenzó a escuchar a Jesús, les gustaba como hablaba, pero entonces alguien dijo: “Pero, ¿este, en qué universidad ha estudiado? ¡Este es el hijo de María y José, este era carpintero! ¿Qué viene a decirnos?” Y el pueblo se indignó. Entraron en esta indignación. Y esta indignación los lleva a la violencia. Y ese Jesús que admiraban al principio de la predicación es expulsado, para arrojarlo de la montaña.» *(Homilía de S.S. Francisco, 16 de marzo de 2020 de santa Marta).*

Meditación

«Jesús vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron.» (Jn, 1. 11-12) Este versículo del Evangelio de san Juan se puede aplicar muy bien al Evangelio que estamos meditando el día de hoy. Podemos ver como Jesús vuelve a Nazaret, esta vez acompañado por sus discípulos. Él es ciertamente conocido en su tierra, todos han escuchado que este

hombre, el hijo del carpintero, ahora tiene poderes curativos y, además, es sabio. Pero, a pesar de que conocen a Jesús, su familia y su poder, lo reciben con cierta incredulidad y es por esto que Jesús no pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos y se marchó a predicar a pueblos vecinos.

Nosotros, que en este momento estamos meditando este Evangelio, podemos decir que tenemos cierto conocimiento de Jesús. Sabemos que es el hijo del carpintero san José e hijo de la Santísima Virgen María. Y, además, sabemos que es el Hijo de Dios. Pero esto no nos priva de recibirle en nuestros corazones con cierta incredulidad. Muchas veces pasamos «tanto» tiempo con Jesús, que nos acostumbramos, nos aburrimos y, en algunos casos, lo dejamos de lado queriendo que se vaya a trabajar a corazones vecinos, pero no en el nuestro.

Nunca dejemos que el estar con Jesús y el conocerle pase a ser una costumbre. Pidamos la gracia de maravillarnos siempre ante su presencia y ante los prodigios que ha realizado y que realiza constantemente por amor a nosotros, por amor a ti, por amor a mí. Dejemos que Jesús venga a nuestros corazones y que empiece a obrar milagros, dejando que la verdadera conversión de corazón sea el mayor milagro que Jesús realice en nuestras vidas. No nos acostumbremos a su amor y digámosle, cada uno personalmente: *Señor Jesús, ven a mi corazón, transfórmalo. Haz que mi corazón se maraville sólo con estar ante tu presencia, sabiendo que Tú siempre me acompañas y que has venido para ser recibido y poder sanar todas las heridas que me alejan de Ti. No permitas que me acostumbre a tu presencia y mucho menos que llegue la incredulidad a mi corazón. Dame la gracia de acercarme cada vez más a Ti, para amarte más y llevarte a las almas que tanto te necesitan. Amén.*

Oración final

¡Dichoso al que perdonan su culpa
y queda cubierto su pecado!
Dichoso el hombre a quien Yahvé no le imputa delito,
y no hay fraude en su interior. (Sal 32,1-2)

JUEVES, 01 DE FEBRERO DE 2024
Envío misionero.

Oración introductoria

Señor, te agradezco por permitirme un nuevo amanecer. Hoy quiero encontrarme contigo, quiero entrar en tu presencia y permanecer en ella a lo largo de este día. Ayúdame a escucharte a través de tu Palabra.

Petición

Jesús, aumenta en mí el deseo de ser tu discípulo y misionero.

Lectura del primer libro de los Reyes (1 Re 2,1-4.10-12)

Estando ya próximo a morir, David hizo estas recomendaciones a su hijo Salomón: «Yo emprendo el viaje de todos. ¡Ánimo, sé un hombre! Guarda las consignas del Señor, tu Dios, caminando por sus sendas, guardando sus preceptos, mandatos, decretos y normas, como están escritos en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todas tus empresas, dondequiera que vayas; para que el Señor cumpla la promesa que me hizo: "Si tus hijos saben comportarse, caminando sinceramente en mi presencia, con todo el corazón y con toda el alma,

no te faltará un descendiente en el trono de Israel."» David fue a reunirse con sus antepasados y lo enterraron en la Ciudad de David. Reinó en Israel cuarenta años: siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén. Salomón le sucedió en el trono, y su reino se consolidó.

Salmo (1Cro 29,10.11ab.11d-12a.12bcd)

Tú eres Señor del universo

Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel, por los siglos de los siglos. R.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R.

Tú eres rey y soberano de todo. De ti viene la riqueza y la gloria. R.

Tú eres Señor del universo, en tu mano está el poder y la fuerza, tú engrandesces y confortas a todos. R/.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 6,7-13)

En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto. Y añadió: «Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa.» Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Releemos el evangelio

Tomás de Celano (c. 1190-c. 1260)

biógrafo de San Francisco y de Santa Clara

“Vita Prima” de San Francisco § 29

“...y comenzó a enviarlos de dos en dos”

Un nuevo aspirante entró en la Orden y así creció el número hasta ocho miembros. Entonces, el bienaventurado Francisco los reunió a todos y les habló largamente sobre el Reino de Dios, sobre el menosprecio del mundo, sobre la renuncia a la propia voluntad y sobre la docilidad. Luego, los dividió en cuatro grupos de a dos y les dijo: “Id, hermanos míos queridos, recorred las diversas regiones del mundo, anunciad la paz a los hombres y predicad la penitencia que obtiene el perdón de los pecados. Sed pacientes en las pruebas, seguros que Dios cumplirá sus designios y será fiel a sus promesas. Responded humildemente a los que os pidan cuenta, bendecid a los que os persigan, dad gracias a los que os insulten y os calumnien: el Reino de los cielos será para vosotros” (cf Mt 5,10-11).

Ellos recibieron con gozo la misión que les fue confiada por la santa obediencia y se prosternaron a los pies de San Francisco que los abrazó a cada uno tiernamente y diciéndoles: “Confiad a Dios todas vuestras preocupaciones, él cuidará de vosotros” (1Pe 5,7). Esta era su frase habitual cuando enviaba a un hermano a la misión.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Dios siempre nos ama primero y con este amor nos encuentra y nos llama. Nuestra vocación personal viene del hecho de que somos hijos e hijas de Dios en la Iglesia, su familia, hermanos y hermanas en esa caridad que Jesús nos testimonia. Sin embargo, todos tienen una dignidad humana fundada en la llamada divina a ser hijos de Dios,

para convertirse por medio del sacramento del bautismo y por la libertad de la fe en lo que son desde siempre en el corazón de Dios.»
(Homilía de S.S. Francisco, 31 de mayo de 2020).

Meditación

Jesús es un maestro que enseña no sólo con discursos y teorías, sino que se dedica también a practicar obras a través de las cuales el Reino de Dios se pueda hacer presente entre los hombres.

Desde el comienzo de sus predicaciones le vemos curando enfermos, expulsando demonios y haciendo milagros. Ahora envía a sus apóstoles a predicar. Les da la misión de ir a predicar aquello que han visto, oído y experimentado con su maestro.

Y esto es precisamente lo que nosotros vivimos como cristianos, pues experimentamos el amor de Dios en nosotros y somos testigos de los milagros que Él obra en nuestro entorno. Y de allí surge nuestro envío misionero. Jesús, que se nos manifiesta, nos envía a anunciar a los demás todo lo que hemos oído, visto y experimentado en nuestro camino de aprendizaje junto a nuestro maestro.

Oración final

¡Grande es Yahvé y muy digno de alabanza!
En la ciudad de nuestro Dios
está su monte santo,
hermosa colina,
alegría de toda la tierra. (Sal 48,1-2)

Oración introductoria

Señor, te pido con todo mi corazón el don de tu fidelidad y perseverancia porque sé que solo no puedo. Ayúdame a reconocer el día de tu llegada, que me dé cuenta por las personas que pones a mi alrededor. Dame la gracia de crecer en sabiduría como tu hijo.

Petición

Señor, ayúdame a saber reconocerte en los demás.

Lectura de la profecía de Malaquías (Mal. 3, 1-4)

Esto dice el Señor: «Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí. De repente llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando; y el mensajero de la alianza en quien os regocijáis, mirad que está llegando, dice el Señor del universo. ¿Quién resistirá el día de su llegada?, ¿Quién se mantendrá en pie ante su mirada? Pues es como fuego de fundidor, como lejía de lavadero. Se sentará como fundidor que refina la plata; refinará a los levitas y los acrisolará como oro y plata, y el Señor recibirá ofrenda y oblación justas. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en tiempos pasados, como antaño».

Salmo (Sal. 23, 7. 8. 9. 10)

El Señor, Dios del universo, él es el Rey de la gloria.

¡Portones!, alzá los dinteles, que se alcen las puertas eternas: va a entrar el Rey de la gloria. R.

¿Quién es ese Rey de la gloria? El Señor, héroe valeroso; el Señor, valeroso en la batalla. R.

¡Portones!, alzá los dinteles, que se alcen las puertas eternas: va a entrar el Rey de la gloria. R.

¿Quién es ese Rey de la gloria? El Señor, Dios del universo, él es el Rey de la gloria. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 2, 22-40)

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones». Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo

Israel». Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción -y a ti misma una espada te traspasará el alma-, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones». Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Releemos el evangelio

San Nersès Snorhali (1102-1173)

patriarca armenio

Jesús, Hijo Único del Padre (SC 203, Jésus Fils Unique du Père, Cerf, 1973), trad. sc@evangelizo.org

“Sus padres llevaron al niño a Jerusalén
para presentarlo al Señor” (Lc 2,22)

Según la santa alianza de los Patriarcas, has recibido la circuncisión al octavo día, Para que el corazón incircunciso del hombre, lo circuncides, gracias a tu Espíritu.

Tú, el Legislador, según la Ley, entraste al Templo para ser ofrecido. Tú, el Anciano de los días, en sus santos brazos el anciano te acariciaba como Niño.

A mí, nacido en el vicio por el pecado, habías hecho renacer en la Fuente sagrada. Por el engaño del Malvado, me he despojado de mi nuevo nacimiento y me sumergí en el lodo de los vicios.

Purifícame de nuevo por tu Nacimiento, ofreciéndome al Padre que está en el cielo. Gracias a las súplicas de la Madre de Dios y del anciano Simeón.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La profecía de los ancianos se cumple cuando la luz del Evangelio entra plenamente en sus vidas; cuando, como Simeón y Ana, toman a Jesús en sus brazos y anuncian la revolución de la ternura, la Buena Nueva de Aquel que vino al mundo para traer la luz del Padre. Por eso os pido que no os canséis de proclamar el Evangelio a los abuelos y a los ancianos. Id a ellos con una sonrisa en vuestro rostro y el Evangelio en vuestras manos. Salid a las calles de vuestras parroquias y buscad a los ancianos que viven solos. La vejez no es una enfermedad, es un privilegio. La soledad puede ser una enfermedad, pero con caridad, cercanía y consuelo espiritual podemos curarla.» *(Discurso S.S. Francisco, 31 de enero de 2020).*

Meditación

Qué alegría es ver a gente consagrada a Dios y sacerdotes que han entregado su vida a Dios por muchos años. Me he encontrado con sacerdotes que celebran 50 años de sacerdocio y para un joven como yo es un gran desafío el pensar que algo puede durar tanto tiempo. De verdad que es un pedazo de cielo ver a estos hermanos mayores que han vivido para Dios la mayor parte de su vida, en fidelidad y perseverancia. Claramente no han llegado al punto en el que estén sin dificultades, porque la vida no es un valle de rosas, sino que nos topamos con espinas más de lo que nos imaginamos. La

esperanza y confianza en Dios juegan un rol muy importante porque sin estas virtudes los momentos de crisis no se superarían.

Los dos ancianos en la fe que nos presenta el Evangelio reflejan esta actitud de confianza que no se deja vencer por las montañas que Dios parece ponerles. A Simeón le prometió ver al salvador, pero no sabía cuándo, tenía que esperar. También se puede resaltar su talento para escuchar al Espíritu Santo que ese día le mostró al que esperaba su corazón. Ana era una mujer que no se apartaba del templo, estaba consagrada a las cosas de Dios y por eso el Señor le concedió la gracia de ver al salvador. Su experiencia como esposa y madre le ayudó cuando ya se encontraba sirviendo al Señor en el templo. Creo que su testimonio de vida muestra como toda mujer, consagrada o no, está llamada por el hecho de ser mujer a ser madre y esposa, cada una en las circunstancias a las que Dios le llama.

Oración final

Te alabamos y Te bendecimos, oh Padre, porque mediante tu Hijo, nacido de mujer por obra del Espíritu Santo, nacido bajo la ley, nos has rescatado de la ley y has llenado nuestra existencia de luz y esperanza nueva.

Haz que nuestras familias sean acogedoras y fieles a tus proyectos, ayuden y sostengan en los hijos los sueños y el nuevo entusiasmo, lo cubran de ternura cuando sean frágiles, lo eduquen en el amor a Ti y a todas las criaturas.

Oración introductoria

Jesús, te invito a mi vida para que tenga ese descanso que solo Tú puedes dar.

Petición

María, intercede por mí para que sepa entender y vivir el sentido cristiano del descanso.

Lectura del primer libro de los Reyes (1 Re. 3, 4-13)

En aquellos días, el rey Salomón acudió a Gabaón a ofrecer mil holocaustos sobre aquel altar, pues era aún el santuario principal. Aquella noche el Señor se apareció allí en sueños a Salomón y le dijo: «Pídeme lo que desees que te dé». Salomón respondió: «Has actuado con gran benevolencia hacía tu siervo David, mi padre, porque caminaba en tu presencia con lealtad, justicia y rectitud de corazón. Has tenido para con él una gran benevolencia, concediéndole un hijo que había de sentarse en su trono, como sucede en este día. Pues bien, Señor, mi Dios: Tú has hecho rey a tu siervo en lugar de David mi padre, pero yo soy un muchacho joven y no sé por dónde empezar o terminar. Tu siervo está en medio de tu pueblo, el que tú te elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar ni calcular. Concede, pues, a tu siervo, un corazón atento para juzgar a tu pueblo y discernir entre bien. Pues, cierto ¿quién podrá hacer justicia a este pueblo tan inmenso?». Agradó a Señor esta súplica de Salomón. Entonces le dijo Dios: «Por haberme pedido esto y no una vida larga o riquezas para ti, por no haberme pedido la vida de tus enemigos sino inteligencia

para atender a la justicia, yo obraré según tu palabra: te concedo, pues un corazón sabio e inteligente, como no ha habido antes de ti ni surgirá otro igual después de ti Te concedo también aquello que no has pedido, riquezas y gloria mayores que las de ningún otro rey mientras vivas»

Salmo (Sal. 118, 9. 10. 11. 12. 13. 14)

Enséñame, Señor, tus decretos.

¿Cómo podrá un joven andar honestamente? Cumpliendo tus palabras. R.

Te busco de todo corazón, no consientas que me desvíe de tus mandamientos. R.

En mi corazón escondo tus consignas, así no pecaré contra ti. R.

Bendito eres, Señor, enséñame tus decretos. R.

Mis labios van enumerando todos los mandamientos de tu boca. R.

Mi alegría es el camino de tus preceptos más que todas las riquezas. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 6, 30-34)

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco». Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a solas a un lugar desierto. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas

fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas.

Releemos el evangelio

San Cesáreo de Arlés (470-543)

monje y obispo

Sermón 25,1; CCL 103,11-112 (trad. breviario, lunes XVII ordinario)

“Desembarcando, Jesús vio una gran multitud.
Tuvo piedad de ellos”

“Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt. 5,7). Dulce es el nombre de misericordia, hermanos muy amados; y si el nombre es tan dulce, ¿cuánto más no lo será la cosa misma?... Hermanos míos, ya que todos deseamos la misericordia actuemos de manera que ella llegue a ser nuestro abogado en este mundo, para que nos libre después en el futuro. Hay en el cielo una misericordia, a la cual se llega a través de la misericordia terrena: Dice, en efecto, la Escritura: “Señor, tu misericordia llega al cielo”. (Sal 35,6 Vulg)

Existe, pues, una misericordia terrena y humana, otra celestial y divina. ¿Cuál es la misericordia humana? La que consiste en atender a las miserias de los pobres. ¿Cuál es la misericordia divina? Sin duda, la que consiste en el perdón de los pecados. Todo lo que da la misericordia humana en este tiempo de peregrinación se lo devuelve después la misericordia divina en la patria definitiva. Dios, en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los pobres como dijo él mismo: “Cada vez que lo hicisteis con unos de éstos, mis humildes hermanos conmigo lo hicisteis” (Mt. 25,40). El mismo Dios que se digna dar en el cielo quiere recibir en la tierra.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En estos momentos difíciles me viene en mente el pasaje del Evangelio de Marcos, en los que relata cómo los apóstoles al regresar de la misión, a la que Jesús los había enviado, volvieron a reunirse con Él. Le contaron todo lo que habían hecho, todo lo que habían enseñado. Luego, Jesús los invitó a irse, solos con Él, a un lugar desierto a descansar un poco. Nuestro ser Pastores de la Iglesia, también en el contexto actual, nos pide actuar de esta manera. No podemos actuar solos, aislados, autosuficientes, con agendas encubiertas. Es indispensable que volvamos siempre a Jesús, que nos reunamos en fraternidad sacramental, para contarle y contarnos entre nosotros “todo lo que hemos hecho y enseñado”, con la convicción de que no es obra nuestra sino de Dios. Él es quien nos salva, nosotros sólo somos instrumentos en sus manos.» *(Video mensaje de S.S. Francisco, al clero de Venezuela, 20 de enero de 2020).*

Meditación

Jesús se compadece dos veces en el Evangelio de hoy. Con los discípulos y con la multitud que lo necesitaba. Primero ve que están cansados los discípulos y quiere darles un momento para ellos, pero también reconoce que el cristiano necesita la presencia de Dios para descansar, le recarga de fuerzas como si fuese su batería. La presencia de Dios nos renueva.

En un segundo momento, Jesús ve la multitud y se compadece porque ve que van como ovejas en busca de pastor. Quieren un guía, aunque algunas no lo admitan. Jesús quiere ser su pastor estando cerca de ellas y que sepan que pueden contar con Él. Su cercanía les da seguridad como la vara de un pastor que protege a sus ovejas hasta la muerte.

En muchas otras ocasiones Jesús se conmueve, dos momentos de compasión son especiales. Aquel cuando está fuera de la tumba de Lázaro y cuando en la figura del padre encuentra al hijo pródigo. Estos dos momentos muestran de qué está hecho el corazón de Jesús. Un primer momento nos muestra que el amor que le tiene a Lázaro, su amigo y me viene a la mente pensar, y ¿quién no quisiera un amigo como Jesús? Y no solamente porque lo resucita, sino por el amor que le demuestra, aun en el lecho de muerte está ahí.

Recemos mucho por todas las personas que están sufriendo en este tiempo de pandemia y por las otras que les toca acompañarlos en su dolor. El segundo escenario es el del hijo pródigo donde su padre se conmueve al ver que su querido hijo regresa, no le cobra las cuentas, sino que le perdona todo porque es su hijo. Y tú, ¿crees que Dios te pueda perdonar todo lo que has hecho?

Oración final

¿Cómo purificará el joven su conducta?

Observando la palabra del Señor.

Te busco de todo corazón,

no me desvíes de tus mandatos. (Sal 119,9-10)